

Olvido(s) memorable(s)

Acerca de *Ecolalias* de Heller Roazen
Katz editores, Buenos Aires, 2008.

Para hablar del interés que puede tener para los psicoanalistas un libro como el que publicó en su momento Heller Roazen¹, quiero referirme a otro, del que he tomado el título de esta lectura, donde se alude a las derivas analíticas del siglo, en el que Germán García de entrada dirige tres palabras sobre el milenio y habla del “olvido memorable por excelencia”, el de Signorelli. Para dedicar otras palabras a la memoria de la tradición y al olvido de la ciencia. El psicoanálisis no puede olvidar las muchas lenguas que existen y destacará, siguiendo a Harald Weinrich, que el olvido puede ser objeto de investigación². Pues bien, resulta que de eso se trata el texto de Roazen, de las lenguas y los olvidos, y para ello desarrolla una teoría que tiene su importancia para el psicoanálisis: para aprender a hablar es necesario olvidar las lenguas que se han aprendido. Sin olvidar, hay que decir, que para el psicoanálisis el olvido es el nombre de la represión. De tal modo sitúa al balbuceo infantil como una lengua diversa a partir de la variedad fónica; pero que no le facilita al niño la adquisición de palabras. Para que se produzca esa adquisición, ese pasaje del balbuceo a la palabra será necesario un proceso de olvido de esos sonidos del balbuceo para que tenga lugar la emergencia de una lengua nueva y un hablante, para usar los términos de Roazen.

Para demostrar sus afirmaciones –no olvidemos que lo verdadero y lo demostrable no siempre van juntos al decir de Göedel- emprende un largo camino de recorrido por diferentes lenguas, lo que se ve facilitado para el autor por su formación, lingüista que habla diversas lenguas, entre ellas el árabe y el hebreo, de un total de diez. Lo que da una idea del tipo de investigación ante la que nos encontramos, que pertenece al grupo de las eruditas.

Y respecto a los fundamentos teóricos en los que se apoya, como no podía ser de otra manera en alguien que maneja tantas lenguas, son variados. Pero un autor del que parte es Roman Jakobson y su trabajo sobre el lenguaje infantil, y las afasias. Sus argumentos sobre la importancia del balbuceo infantil en los niños se encuentran en esa obra. También Lacan, en su momento, hizo referencia al balbuceo, en su conferencia en Ginebra sobre el síntoma. Por un lado, la emprende con las exclamaciones de los niños

¹ Roazen Heller: *Ecolalias*, el olvido de las lenguas

² García Germán: *Derivas analíticas del siglo*, UNSAM edita, Buenos Aires, 2014

para continuar con la alef, esa letra hebrea impronunciable y luego con la H alemana que presenta también sus diferentes momentos en nuestra lengua española. Referido a la lengua alemana, trae el recuerdo del conocido Heinrich Heine para los psicoanalistas por su famoso *famillionario*, ahora con sus avatares en su llegada a Francia, en este caso con un chiste sobre su propio apellido “Aquí en Francia mi nombre en alemán ‘Heinrich’ se tradujo como ‘Henri’ en cuanto llegué a París. Tuve que resignarme a ello y terminé llamándome así en este país, puesto que la palabra ‘Heinrich’ no le sentaba bien al oído francés y los franceses recurren a todo lo que tengan a su alcance para transformar el mundo en algo placentero y fácil para sí. Tampoco eran capaces de pronunciar el nombre ‘Heinrich Heine’ correctamente por lo que para muchos me llamo Enri Enn; otros lo han reducido a ‘Enrienne’ y algunos hasta me llaman Un Rien”. De “Heinrich Heine” a la nada en cuatro pasos acota simpáticamente Roazen, haciendo saber que si hubiera emigrado hacia otra longitud, las cosas hubieran sido distintas, aunque no necesariamente mejor.

Junto a Jakobson se presentan los trabajos sobre fonología de Trubetzkoy y los desarrollos que realizó, mostrando que las interjecciones, que no poseen función representativa en sentido estricto, no obstante abren las puertas a “un sistema de sonidos determinado a un universo de fonemas”. Si bien no resulta sencillo definir la posición que esos términos tienen en una lengua la afirmación de Heller Roazen es que “los elementos distintivos anómalos” están incluidos en una lengua y a la vez están excluidos de ella, más precisamente, parecen estar incluidos en una lengua al punto de que se encuentran excluidos”. Inevitable la asociación con el término extimidad, aunque ninguna alusión realiza el autor. Y para mostrar que las interjecciones son menos anómalas de lo que parece recurrirá a Dante y la exclamación de desesperanza: Heu!

Otro autor en el que encuentra fundamentos es Sigmund Freud, en particular el trabajo de 1891 sobre las afasias. Lo que indica cierta línea de continuidad entre el vienés y el ruso. El capítulo más extenso del libro es dedicado al análisis del texto mencionado. Destaca que con su trabajo sobre la afasia, Freud rompe con el viejo intento de explicar los trastornos del lenguaje recurriendo a las localizaciones cerebrales. Y también señala que “el aparato del lenguaje” presente en la afasia anticipó investigaciones de Freud presente en otros textos, desde la Interpretación de los sueños a Más allá del principio del placer. Llegados a ese punto es inevitable recordar la indicación de Germán García, que en un libro no se puede dejar de comenzar a leer por

la bibliografía citada, ya que eso también marca una política determinada. En ese sentido, llama la atención que no hay alusión alguna al trabajo de un inglés como John Forrester, quien dedicó, algunos años antes que Roazen (canadiense que vive en Estados Unidos), un importante trabajo al psicoanálisis y los orígenes del lenguaje, con un exhaustivo análisis, justamente, del texto de Freud sobre las afasias³. La hipótesis que guía el trabajo del inglés es que se encuentra allí una teoría del poder de las palabras en la formación de síntomas. Y al igual que Roazen, destaca que esa teoría del “aparato del habla” es tan importante que se encuentra en trabajos posteriores de Freud, el primero de ellos por cierto, la interpretación de los sueños.

Al tiempo que dedica su apartado más extenso al trabajo sobre las afasias del vienés, también dedica un excelente apartado nominado Esquizofonética, donde rescata el trabajo de Louis Wolfson, el que al no poder “olvidar su lengua madre siempre se obligaba a recordarla” y dedica unas líneas a otro vienés como Karl Kraus (de quien Freud indicó que no estaba en todos sus cabales), y sus escritos en el periódico que dirigía, *La antorcha*, quien también había dedicado en ese medio algún trabajo al tema del olvido en la lengua.

Así como a nivel individual es necesario que se pierda una lengua para pasar a otra, también queda algo en el pasaje de una lengua a otra aunque no quede nadie para recordarlo. Otro autor, no citado por el canadiense, pero al igual que él y casi con una indicación para los tiempos que corren, recuerda que la lengua se construye con lo perdido es Víctor Hugo, cuando señalaba en el prólogo a *Cromwel*: “Ocurre con los idiomas humanos lo mismo que con todo. Cada siglo les trae y se les lleva algo ¿cómo remediarlo?, esto es fatal. Así, pues, todo intento de petrificar la móvil fisonomía de nuestro idioma bajo una forma dada, es vano. Es en vano que nuestros joshés literarios ordenan a la lengua que se detenga; ni las lenguas ni el sol pueden pararse. El día en que se *fijan*, mueren”.

Comentando a una de las principales figuras de la tradición literaria árabe (en el mencionado apartado, *El animal inferior*) al hablar de la habilidad que distingue a los humanos del resto de las especies, hace saber que “El hombre está hecho de tal manera que cuando realiza un acto que le resulta muy difícil tiene la capacidad de hacer uno que le resulte menos difícil”. Con lo cual nos enteramos que aunque sea un animal inferior, posee una habilidad de la que ninguna otra criatura goza. Algo que Lacan supo indicar

³ Forrester John: *El lenguaje y los orígenes del psicoanálisis*, Fondo de cultura económica, México, 1989.

cuando, hablando de la relación entre lo Real y lo imposible, en su seminario O peor, recordaba los dichos de una mujer, quien le hizo saber que para el hombre nada es imposible, lo que no puede hacer lo abandona. De todas maneras y confrontado con el resto de las especies no debemos olvidar lo que hacía saber Gracián en *El criticón*: “Ninguna de todas las cosas criadas yerra su fin, sino el hombre”.

Entre otros olvidos de nombres de Roazen, se encuentra George Steiner, quien dedicó un libro con un título similar al capítulo con el que cierra su ensayo el lingüista del que hablamos, Babel. Hablando de pérdidas y olvidos, Nicolás Rosa también había dedicado un ensayo al arte del olvido, y si parece que su caso estaba dedicado al tema de la escritura, hay que decir que también está presente en el libro que nos ocupa. Allí hacía saber que lo que no había sido cuantificado “por la crítica es el olvido”, aquello que le faltó a Funes. Lo que se llama palimpsesto, es cuando “al escribir borramos la escritura del otro, de los otros, la cancelamos, pero al mismo tiempo la inscribimos en nuestra propia escritura”. Leamos lo trabajado por Roazen, en el apartado mencionado de Esquizofonética donde cita el aludido caso de Wolfson, de quien afirma: “El joven mentalmente perturbado no tenía alternativa: tenía que saber escribir para salvarse de la lengua que lo agredía, ya que sólo transcribiendo su lengua madre podía disolverla hasta hacerla desaparecer en otra”.

El mencionado apartado junto con el nominado Exilios, llevan a recordar por un lado la tesis de Timothy Crow, que la psicosis es el precio que el sujeto humano ha pagado por la adquisición del lenguaje; y por el otro un texto de Pontalis, en el que hacía saber que el primer maleficio del lenguaje le hizo saber que allí sólo se puede ser un inmigrante, un desarraigado. Aunque ese exilio forzado no implicaba nostalgia por naturaleza alguna. Puesto que en definitiva, “el manejo del lenguaje haría perder hasta la facultad de representar lo perdido”.

Marcelo Izaguirre